

## **Anfitriones e invitados**



**Pedro Martín González**

**Kenshinkan dôjô 2019**

Un grupo de amigos nos reuníamos para compartir una tarde tranquila junto al fuego de la chimenea, acompañados del café sempiterno y la conversación sosegada.

La discusión derivó sobre la Felicidad que experimentan anfitriones e invitados.

Todos los allí presentes entendían que un invitado llegado a nuestro hogar con la intención de disfrutar de una velada en familia, un convidado en cuyo honor todo habría sido preparado con esmero, sería, por descontado, quien más y mejor experimentaría eso que llamamos Felicidad.

- *“En efecto. Es una suerte, que lo inviten a uno a compartir mesa y mantel, conversación y tertulia. Si, además, al llegar a la cita, todo se encuentra organizado y listo para el disfrute, nuestra Felicidad estará del todo asegurada”.*

Sostenía la mayoría de los participantes en el debate.

- *“Nuestro invitado no tendría que haberse ocupado de ordenar, limpiar y tener a punto el jardín, la casa y el comedor; tampoco, de seleccionar la vajilla adecuada; ni siquiera, de ambientar la atmósfera del lugar, de tal manera que este resultara acogedor, cálido y cercano”.*

Concluyeron casi al unísono.

- *“Por fortuna para él no habría tenido que acercarse al mercado; comprar, seleccionando, el mejor de los pescados, las más tiernas verduras, unas frutas del tiempo para la macedonia y un buen vino de la tierra”.*

Añadió convencido otro de los contertulios.

- *“La de los anfitriones habría sido una mañana frenética dedicada, íntegramente, a la compra y al trabajo diligente. Todo un derroche de esfuerzo para que, llegado el momento, quien habría de llegar lo encontrara todo en perfectas condiciones”.*

Asintieron todos.

Bueno, todos no. Alguien defendió un punto de vista diferente.

- *“Me gusta ser anfitrión de mis amigos”.*

Dijo. Para añadir a continuación:

- *“Estoy de acuerdo con que invitar a los amigos a cenar supone un esfuerzo añadido a los muchos quehaceres que ya, de por sí, trae consigo la semana pero, para mí, semejante trabajo es motivo de Felicidad”.*

Terminó, antes de que todos reflexionáramos junto a él y dejáramos que prosiguiera con su argumento.

Más tarde nos preguntó:

- *“¿Quién creéis que es definitivamente más feliz, aquel que es invitado o la persona que invita y sirve de catalizador para que quien ha de llegar experimente esa Felicidad de la que hablamos?”*

Y concluyó, dándonos su último parecer.

- *“En mi opinión es el anfitrión quien está más cerca de la Felicidad y, esto, por el solo hecho de tener una gran oportunidad: la de provocar en su invitado un sentimiento de alegría incomparable, una emoción que experimentará, en gran medida, gracias al trabajo que él realizará de manera espontánea. Ser felices, haciendo felices a los demás, es para mí la más alta expresión de la Felicidad”.*

Por mi parte, comprendía el sentir que mi amigo defendía porque yo mismo, cada sábado durante los últimos treinta años, había ejercido como anfitrión de mis alumnos de *Katori Shintô ryû*.

Sí.

Así había sido durante los meses de invierno, cuando al sol le cuesta romper el cerco de las nieblas que suben desde el río Guadiana y la sensación térmica se aleja de la temperatura que marca el termómetro -aunque bien es cierto que la humedad penetra hasta los huesos y el frío no nos abandona hasta llegado el mediodía cuando, triunfante una vez más, aparece esa luz increíble que acompaña a los cielos fríos y

limpios de enero y febrero-. En esos meses, cuando las mañanas de invierno arrecian, he dispuesto uno o dos puntos de luz para recibir a mis alumnos: el primero en mi propio estudio; y un segundo en el interior del *dôjô*.

Y así ha sido, también, durante los meses del estío, cuando las primeras horas son aún frescas y parecen querer confundirnos y alejarnos, siquiera por un breve tiempo, de esa otra realidad térmica que se impone con el paso de las horas en los tórridos veranos del sur.

No obstante, cada sábado de Junio, Julio y Agosto he continuado marchando al *dôjô* temprano y después de regar los mandarinos, el ciprés y las palmeras, me he sentado a esperar siendo feliz pensando que, al llegar, los *budokas* aún olerían la tierra recién mojada y sentirían la humedad viva de los árboles.

Siempre he creído que un *dôjô* ha de ser un lugar de acogida y, desde la perspectiva de un anfitrión, también yo he sido doblemente feliz esperando despertar en los otros esa emoción que es la Felicidad.

A veces, cuando las horas son bajas, el camino es oscuro y el silencio se ha hecho con la vida, un *dôjô* puede convertirse en un punto de encuentro, y un sencillo anfitrión sentirse afortunado por saberse partícipe de la Felicidad de sus estudiantes.

**Kenshinkan dôjô 2019**